

Luis de León Barga

LOS DURMIENTES



Fórcola/Ficciones

LOS DURMIENTES

LOS DURMIENTES

Luis de León Barga

Fórcola/Ficciones

Fórcola/Ficciones

Director de colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: People walking on via Veneto.

© Mondadori Portfolio - Getty Images.

© Luis de León Barga, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 — 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

ISBN: 978-84-17425-05-0

A mi padre y mis dos hijos, Luis y Mónica

Al primer lector de esta novela, Enrique López Viejo

Es muchísimo lo que dormita en cada hombre, pero no es lícito despertarlo en vano. Porque es terrible cuando el hombre entero resuena en miles de ecos y ninguno acaba siendo una voz de verdad.

ELÍAS CANETTI

I

Un trabajo especial

Hay una edad donde ya no eres joven pero todavía te faltan muchos años para transformarte en un ser invisible a los ojos de cualquier hombre. De-seas encontrar al amor de tu vida (suponiendo que no sea una fantasía adolescente), pero ni siquiera tienes una relación estable. Entonces, como eres atrevida y curiosa, caes en las trampas que te tiende la soledad. En mi caso todo empezó cuando Lucas me ofreció un trabajo «especial». Era un favor que le había pedido un amigo que dirigía una fundación dedicada a cuestiones históricas, pero como la principal beneficiada iba a ser yo, el favor me lo hacía él. «Si lo haces bien te abrirá puertas importantes», añadió. Yo le contesté que primero quería hablar con su amigo, un profesor con varios saberes y títulos según ponía en la tarjeta que me entregó Lucas. Le diría si aceptaba o no cuando me explicase el salario, las condiciones laborales y en qué iba a consistir ese cometido tan especial. Pero los dos sabíamos que desde hacía tiempo vivía con contratos temporales y el realquilado de una habitación de mi apartamento. Por eso al día siguiente estaba sentada frente al amigo de Lucas en su soleado despacho, donde a las montañas de carpetas, papeles y libros esparcidos sobre su mesa se sumaban tres plantas de exuberante follaje que proporcionaban la impresión de encontrarnos en una floristería-librería.

–¿Estás de acuerdo? –me preguntó tras explicarme las condiciones salariales. El trabajo consistía en escribir un estudio biográfico sobre el padre de mi amiga Paloma, hospitalizado por una insuficiencia respiratoria agravada por su avanzada edad. Yo sabía por ella que había participado en diversos acontecimientos históricos, que iban desde la Segunda Guerra Mundial hasta la Transición, y que fue bastante mujeriego, a pesar de estar casado toda su vida—. Nadie mejor que tú para contarle, gracias a tu amistad con su hija y tu condición de historiadora –dijo el amigo de Lucas.

–Sí –dije esperando que no se notase demasiado mi decepción por el salario y el escaso alcance de mi cometido.

El profesor agachó la cabeza para mirar sus papeles un momento, como si se hubiese olvidado de algo, mientras se sujetaba con un dedo la montura de las gafas. Ovaladas y pequeñas, achinaban sus ojos hasta transformarlo en un nativo asiático de piel clara.

–Éste es el contrato, ¿puedes firmar aquí? –Al observar mi indecisión, añadió–: No te comprometes a nada y puedes dejarlo cuando quieras con

un preaviso de quince días.

Tras firmar, el profesor amigo de Lucas perfiló en grandes líneas la vida del padre de Paloma.

–¿Estás de acuerdo con lo que te acabo de explicar?

Le dije que sí confiando en que no se notase demasiado mi desatención. El profesor agachó la cabeza para buscar otros papeles.

Mientras hablaba de mi futura tarea, pensé que al menos Lucas se preocupaba por conseguirme trabajo. Cierto es que no de una forma desinteresada. En cambio, mi ahora exmarido ni eso. Sólo sabía llevarme a los centros comerciales a comprar comida y luego a encerrarnos en casa para ver películas y jugar con la Play. Y así hasta que un día decidí que ya estaba bien de aburrirme. Vaya por delante que los hombres como género están caducados hace años. El que no es gay, busca una mamá que le dé el biberón, o es un obseso sexual, o sólo le interesa el fútbol. Si es más culto, el ciclismo. Y de compromiso, tarará que te vi. Sólo se comprometen los obesos, los adictos al trabajo para que les solucionen la logística y puedan trabajar más, y los enfermos mentales para que les alegres el día; de la noche ya se encargan las pastillas. Entonces te sonríen con aire beatífico y, medio atontados, contestan que sí a todo. Basta con llevar un hombre a casa para comprobarlo científicamente. Es lo mismo que comprar fruta. O está congelada porque viene de otro continente y no hay forma de comerla de lo dura que está, o se encuentra demasiado madura, y tienes que tirarla a la basura si no te la comes enseguida porque se pudre.

–Esto es para ti. –El profesor me entregó unos folios–. Míralo en casa y si tienes alguna duda me escribes un correo electrónico –dijo como si tuviera prisa por terminar.

Lo miré por encima. Era el plan de la investigación, con sus objetivos y los aspectos que más le interesaba tocar.

*

Al salir de la fundación, aunque estaba cansada (me había despertado pronto) no me quedó más remedio que comer con Lucas debido a su empeño. Me esperaba sentado a la mesa del restaurante con aire de satisfacción, su mechón de pelo canoso en la frente y las gafas para la vista cansada encima de la mesa:

–¿Qué tal te ha ido?

Contesté que bien sin entrar en detalles aunque sabía lo mucho que le gustaba controlar mi vida, hacer de padre amante, aconsejarme acerca de

lo debido y lo indebido, y convertirme en su hija ideal pues la auténtica nada quería saber de él tras una separación borrascosa años atrás.

Mientras me recomendaba qué menú pedir y me servía el vino insistió en alabar mi labor, que, según él, me iba a permitir cambiar mi vida de raíz.

–Carlos está muy bien relacionado, y si queda contento te llamará para otros asuntos. A él nunca le faltan patrocinadores y empresas que pongan dinero en sus proyectos. Y una vez conseguida la autonomía económica podrás emprender otros derroteros. Además, hay dinero y vas a viajar a Roma.

Sus palabras me recordaron el cuento de la lechera, pues la naturaleza de mi trabajo no invitaba a ser muy ambiciosa.

–Por cierto, ¿quién paga todo esto?

–Varios organismos oficiales.

–Antes de seguir, me gustaría que me explicases por qué mi trabajo es especial. No veo nada particular en escribir la biografía del padre de mi amiga.

–Su imagen pública tiene poco que ver con la verdadera –dijo con una sonrisa traviesa–. Es un hombre con una trayectoria inusual y algo raro, aparte de haber estado metido en asuntos ilegales.

–Por eso he pensado que voy a entrevistar primero a uno de sus amigos íntimos, Pedro Layes, para tener una visión de conjunto de los últimos años y saber a qué atenerme.

Me había pasado la tarde anterior leyendo todo lo que aparecía en la red sobre Pedro Layes, que no era mucho. Breves menciones de sus viejos momentos de gloria, algunas noticias referentes a la productora cinematográfica que tuvo antes de dedicarse a la política, mucha farfolla sobre su época de gobernador civil en el primer Gobierno de Adolfo Suárez, y, años después, algunas noticias sobre la crisis de su empresa. De su época de gobernador civil había varias fotos en actos oficiales. Era un hombre atractivo, con el traje entallado y la corbata ancha, a la moda de entonces. Llevaba el pelo largo y grandes patillas, y tenía la sonrisa de quien sabe que le acompaña la suerte.

–Me parece una buena idea.

Sentí la mano de Lucas sobre la mía. Como solía ocurrirme con él cuando nos veíamos a media semana, por un lado prefería volver a casa y seguir trabajando tranquila, pero por otro la ansiedad me empujaba a distraerme, olvidar a mi ex, no tener que escuchar a Sebastián con su ligue de turno haciendo el amor en la habitación que le había alquilado, o ver con ellos una película. Y todo porque cuando se trataba de hacer frente a mi desasosiego, la forma de atenuarlo no era desde la tranquilidad sino, por el con-

trario, con alguna copa que otra. Además, no me convenía seguir por la tarde con Lucas, pero una cabeza como la mía hace tiempo que le permitía todo tipo de caprichos con tal de no estar sola. Mi ex decía que tengo una personalidad «desequilibrada», cuando lo único que ocurría es que a él le gustaba la rutina y a mí la variedad. Por eso, pese a su insistencia, y no sé si habré de arrepentirme algún día, cuando me planteó tener hijos no me sentí con fuerzas para emprender una vida nueva junto a él y ése fue el principio del fin. A Lucas le gusta también la rutina. Pero le salvan otras cosas. Y no me refiero sólo a que sea profesor de Historia en la universidad, sino a su sabiduría vital, sus rarezas y su simpatía. Aunque corpulento y algo oso (cuando dormimos juntos y me rodea con sus brazos me siento como si yo fuese un ballenato arponeado desde el cañón de un bote ballenero), sabe agradarte. Lo que llevo peor son ciertas manías suyas. En particular, la de tenerme que disfrazar de mujer de los años sesenta, estilo Brigitte Bardot, cada vez que hacemos el amor. De dónde le viene esta fijación, lo desconozco.

Por eso, una vez en su casa, fui directa hacia el vestidor para cambiarme de ropa. Mientras, él eligió un cedé con un mambo y se puso una guayabera como si con ello pudiera convertirse en un músico de una orquesta caribeña. Luego separó sillas y mesas e improvisó una pequeña pista de baile en el salón estilo años sesenta, muebles que ahora valen una fortuna y que mi madre tiró a la basura. A Lucas le gustan las mujeres con unos cuantos kilos de más. (Dice que por eso le gusto tanto... gracias por la inteligencia.) Cuerpos ideales para llevar una falda plisada de lunares por debajo de la rodilla, con el cinturón ancho para resaltar el busto y la blusa negra de manga corta. Y el peinado con flequillo y coleta.

*

Para tantearla por si acaso no le gustaba la idea, y con la excusa de que no tenía trabajo, le pedí permiso a Paloma para intentar escribir una biografía de su padre y luego ver si podía publicarla. Ante mi sorpresa, no puso ningún reparo e incluso me habló de unos recuerdos que había escrito su padre. Sin embargo, antes de entregármelos debía obtener la aprobación del resto de su familia y me pidió que no se los diera a leer a terceras personas. Con este motivo me invitó a tomar café a la casa paterna.

Su familia directa la constituyen, además del padre y la madre, Ana María, dos hermanos más. El mayor, José Antonio, sigue soltero y vive con la madre mientras que el pequeño, Alfonso, por su cuenta y peleado con los demás. Sólo se habla con Paloma. Ella es un poco disparatada y generosa,

al menos conmigo. La conocí hace tiempo gracias a una amiga común, aunque Paloma es mayor que yo. Tiene una galería de arte. Como siempre daba una copa cuando inauguraba una exposición, solía ir a menudo con la amiga que me la presentó. Me resultaba divertido y aunque nunca conocí allí a un hombre que mereciese la pena, tampoco tenía nada mejor que hacer a esa hora. De este modo, poco a poco nos fuimos haciendo amigas e incluso me ofreció trabajar en la galería por las tardes como complemento para mis escasos ingresos, lo que hice durante una temporada.

El piso donde vive su familia es bastante grande, pues el salón me pareció del mismo tamaño que el apartamento que comparto con Sebastián y su novia. Bueno, exagero. Pero no le debe de faltar mucho. Una estantería hecha a medida ocupaba una pared, y cuando la criada me dejó sentada me habría gustado levantarme y curiosear entre las fotografías que adornaban los estantes, pero no lo hice porque pensé que causaría mejor impresión si me quedaba en mi sitio. En otra pared había un cuadro de un paisaje dieciochesco con lamparita propia, por lo que deduje que sería de algún pintor importante. No era la única obra de arte que había allí, aunque el resto me pareció menos relevante. En cambio, me fijé en un retrato ovalado de un hombre vestido con chaqué, banda al pecho y varias condecoraciones. Desde mi asiento no podía distinguir los detalles, pero despertaba respeto con su mirada severa. A su lado, y del mismo tamaño, el retrato de la que debió de ser su mujer. Lo que en el otro era lucimiento y mando, en el de ella era tristeza y sumisión. Lo que me llamó la atención fue el parecido existente entre la mujer del retrato y mi amiga. Paloma me había contado que la familia de su madre era de origen cordobés. Y desde luego Paloma podía haber sido una modelo de un cuadro de Romero de Torres, con su melena negra y larga, los ojos negros y grandes, y la piel tostada.

La madre andaba con bastón, pues estaba operada de la cadera hacía un mes. De baja estatura y menuda, iba muy arreglada, con un traje de chaqueta azul claro, el pelo teñido de negro y maquillada. Nada más acercarse me saludó y me contó que su hija le había hablado mucho y bien de mí. El hermano, José Antonio, moreno como todos, bien plantado y pijo en el vestir, me apretó la mano con fuerza.

–Mira, hija –dijo Ana María con voz sinuosa–. Nosotros lo que queremos por encima de todo es que hagas tu trabajo lo mejor posible. Como eres amiga de Paloma confiamos en ti. Ya sabes que, por desgracia, Jaime se encuentra hospitalizado por una insuficiencia respiratoria, aunque tal vez sea mejor así. –Una sonrisa de satisfacción iluminó su cara.

–Para nosotros nuestro padre es... no diría que un héroe, pero casi –intervino el hijo con rapidez–. ¿Te puedo tutear? –Respondí que sí–. Como sa-

bes, tomó decisiones políticas que le perjudicaron gravemente en el terreno profesional.

–Lo sé, pero a mí me interesa más el lado humano que el político.

–¿Humano? –preguntó, sorprendida, la madre de Paloma.

–Mamá –intervino Paloma–, se refiere a que no le interesa tanto el historial político de papá como su carácter, su forma de ser...

–¡Ah! Pero tampoco le voy a contar mi matrimonio...

–No se preocupe usted, que lo mío no va por ahí.

–Me ha dicho Paloma que te va a dejar las memorias de mi padre –dijo José Antonio.

–Sí, y sobre ello quería haceros algunas preguntas.

–Dime –dijo el hijo erigiéndose en portavoz de la familia, pues a partir de ese momento tanto Ana María como Paloma apenas hablaron.

–¿Podré ver todos sus papeles?

–Por supuesto, siempre y cuando en tu biografía no salgan a relucir asuntos personales o íntimos. –José Antonio sacó un cigarrillo y me ofreció uno. Le dije que no fumaba–. No sé si te ha comentado Paloma –dijo tras encenderlo y aspirar una calada– que puedes ver lo que quieras con la condición de que podamos leer lo que has escrito antes de que se publique y que si no estamos de acuerdo, lo quites.

Hice un gesto de asentimiento mientras pensaba la forma de sortear el obstáculo. De entrada me hubiera encantado responderle: «Para qué escribir una biografía si luego hay que pasar por la censura y convertirlo en la vida de un santo». De salida mi respuesta fue mucho más conciliadora.

–Prefiero que no se me facilite o que no me digáis lo que vosotros creéis que puede perjudicar la intimidad familiar a que se me censure a posteriori.

–Mi intención no es censurar tu trabajo. –Sabía que la palabra «censura» iba a jugar a mi favor–. De ser así nos hubiéramos negado a colaborar contigo. Lo único que deseamos es preservar nuestra intimidad.

–Creo que no habrá ningún problema –dije a sabiendas de que los habría. Es algo ineludible en estos asuntos. Sucede lo mismo que con las obras comunes que se hacen en los edificios. Siempre hay algún vecino que no está de acuerdo o que se siente perjudicado. Contentar a todo el mundo es imposible.

★

Cuando llamé al móvil de Alfonso, el hermano pequeño de Paloma, para que me explicase las razones de su enfado con su familia me contestó que no deseaba saber nada de «ése». Le expliqué mi intención de escribir la

biografía de su padre y que una visión próxima y sincera podía ser más útil que el silencio.

–Útil para ti –me respondió con agresividad.

–Por supuesto, pero también para que puedas dar tus razones. Si no, sólo habrá la versión oficial, por decirlo de algún modo, y tu padre quedará como lo que tu familia dice que es: un héroe.

Al otro lado del auricular, aquella voz cantarina carraspeó como el motor de un coche maltratado por cambiar de marcha sin pisar el embrague.

–¿Has dicho «héroe»?

–¿No lo es? –pregunté para seguir tirando del hilo.

–De pacotilla.

Siguió un tira y afloja sobre el supuesto heroísmo de su padre y al final conseguí arrancarle una cita en una céntrica cafetería que eligió él. Yo sabía por Paloma que Alfonso, por sus gustos e inclinaciones, había tenido duros enfrentamientos con su padre y, en cuanto pudo, se marchó de casa. De su época de cantante de un grupo pop conservaba una voz melodiosa y cierto sentido del espectáculo. Al menos eso me pareció cuando se acercó a zancadas y, tras identificarme por la revista que le dije que iba a llevar, hizo una reverencia antes de sentarse. Al quitarse las gafas de sol apareció una cara demacrada de amplias ojeras. La impresión de fragilidad se acentuó por su extrema delgadez, y los vaqueros pitillo que llevaba con una sudadera ajustada estilizaban aún más su figura.

–Soy Alfonso –dijo con una sonrisa mientras me tendía la mano como si fuera una damisela a la que hubiera que rendir pleitesía.

–Rosa –respondí con otra sonrisa mientras le apretaba la mano con fuerza–, la amiga de Paloma.

Alfonso frunció los labios en un gesto de desagrado y acto seguido me preguntó qué deseaba saber del «viejo».

–Si te parece, me das tu impresión particular y luego te hago una serie de preguntas, ¿de acuerdo?

–Vale –respondió con desgana mientras apoyaba los codos en la mesa y sorbía con una pajita la coca-cola que había pedido.

–¿No te importa que te grabe?

–Al contrario, ¡me encanta! Me recuerda mi época de fama.

–¿Ah, sí? ¿Y eso cuándo fue?

–¡Uff! –Alfonso suspiró–. Hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo.

–¿A qué te dedicas ahora? –Vi que hizo un gesto raro, así que añadí con rapidez–: Si te apetece contarlo.

–No, no se puede saber. –Alfonso enseñó una sonrisa traviesa–: Es un secreto, pero si te portas bien a lo mejor te lo digo.

–Ya lo sé –exclamé de repente–. ¿Peter Pan?

–Frío.

–¿Blancanieves?

–Caliente –dijo con una risita.

–¡Caperucita Roja!

–¡Bingo! –Alfonso se levantó, se acercó a mí y me estampó un beso en los labios–. Tranquila, que no me voy a poner a picotear contigo. Bueno, ¿la verdad o la mentira?

–La verdad.

–Pon la grabadora en marcha, Rosalinda.

Cuando di al botón de grabación, Alfonso contó en voz alta: uno, dos y tres, como si estuviera en un concierto y fuera a empezar a tocar con su grupo. Luego habló de seguido con una rabia creciente que puso color a la palidez de su rostro.

–Un hijo de puta, eso es lo que es ese viejo que la está palmando, que ya es hora, todavía a sus años dando la lata, que si por mí fuese te aseguro que no le cambiaba el pañal en veinte días, y se lo diría: «Cabrón, para que aprendas, so hijo puta», que mi madre es una santa pero a ése no quiero verle ni en pintura, y el día que se muera te juro que brindaré con champán del bueno. Menudo pendejo de mierda, mutilado afectivo, maniaco sexual en potencia, marido infiel, padre tirano, vago total y minusválido mental para la vida activa y pasiva. Si por mí fuese le subía a la azotea del edificio más alto de la ciudad y le diría: «Reza tu última oración, viejales, que te voy a empujar para que pruebes la emoción de volar en silla sin motor...».

–Un inciso, ¿puedo?

–Dime, cariño. –Alfonso me miró sorprendido de que le hubiera interrumpido.

–¿Cómo lo definirías ideológicamente?

–Cinismo y pragmatismo.

–¿Algún otro ismo?

–Hijopotismo.

–Ya he entendido que odias a tu padre, pero si no te importa, ¿me puedes decir por qué razón?

–¿Por qué razón? ¿Sólo una? Mira, cariño, si yo tuviera sólo una razón te juro por los clavos de Cristo crucificado y en pena que me pasaría en el hospital día y noche, y no dejaría que se acercase nadie. Les echaría a gritos y les diría que me ocupaba yo de todo. ¿Una? –Alfonso se acercó a mí y me miró con fijeza–. No entiendes nada, bonita, así que me voy. Gracias por la coca-cola.